

RAÚL SILVA CASTRO

ARTURO TORRES RIOSECO,
POETA Y CRITICO

EXISTE en los Estados Unidos una comunidad casi secreta, reservada en todo caso, cuyos socios se comunican en una lengua críptica, de pocos usada, que dominan muy bien y tratan de hacer comprendida de los demás. Son los profesores de español. Se les encuentra colocados en diversas universidades, donde un departamento especial les ha sido reservado, como la jaula de cristal en que los jardines zoológicos guardan a los peces. Desde allí se comunican furiosamente por medio de cartas, para formar instituciones que les permitan conocerse mejor. Publican revistas. Todos los años, además, editan libros de autores españoles e hispanoamericanos, con ejercicios y vocabularios graduados para el uso de sus estudiantes. Dentro de la clásica universidad norteamericana, con mucho tenis, chicas vestidas de cortos pantalones y muchachos que semejan torres de piedra, aun cuando no pasen de los dieciocho años, parecen algo fuera de su sitio. Se les ve atrasados, titubeando ante los desafíos de ese mundo brillante, cruel, seductor, complejísimo, que los circunda.

Esta comunidad es la de los profesores de español, como ya dije, pero en los últimos años admite una variante. Existen también algunos profesores de literatura hispanoamericana, especialidad que los primitivos catedráticos de cosas hispánicas creyeron, por mucho tiempo, inexistente e ilusoria, que toleraron con algún escándalo en los comienzos y que hoy mismo no dejan de examinar y rever con puntillosa prolijidad, cada vez que se les permite, y a las veces sin permiso. En su entender, la literatura española es una, desde que emplea como instrumento o vehículo el idioma común, y segregarla en pequeñas piezas, para hablar de singularidades colombianas, mexicanas, argentinas, etc., implica un error de fondo y debilita la causa de la Hispanidad en un ambiente enrarecido que poco o nada quiere saber

de ella. Puede ser verdad todo esto, pero en sustancia, lo que hoy se percibe es que el número de los profesores de español (cualquiera sea su especialidad) va en aumento, y que, asimismo, son más en número las universidades en que semejantes estudios alcanzan representación. Hay quienes creen que ello se debe al esfuerzo de los profesores de letras hispanoamericanas.

No me atrevería a afirmarlo de todos, pero sí de Arturo Torres Rioseco. Con energía sonriente, y muy despreciativo, como chileno, de la opinión ajena, se ha instalado en una cátedra universitaria, y desde ahí difunde sus obras y su nombre por aquella comunidad casi secreta, donde ellas y él son ya bastante conocidos, y respetados inclusive, que es cuanto cabe decir en ambiente tan reservado y tan esquivo que llega a parecer gélido.

Torres Rioseco, chileno, y para más señas talquino, se formó, de muchacho, en el Liceo de Talca, bajo la mirada sonriente y auspiciosa de don Enrique Molina, y tras su corteza de hombre conquistado por la energía norteamericana, algo desafiante, suele resplandecer en él la blandura de los orígenes, con efluvios del candoroso ambiente provinciano que acarició las horas de su infancia, cierta nostalgia de la vida de Chile, a la cual se asoma de vez en cuando. En los Estados Unidos, sin embargo, ha pasado la mayor parte de sus días, puesto que llegó en 1918, es decir, cuando tenía sólo veintiún años de edad. ¿Cómo vino a este país? ¿Qué hizo para aclimatarse? ¿Le ha costado mucho ocupar el sitio en que se halla? Estas preguntas no tenían respuestas hasta hace algunos años, porque Torres Rioseco, cada vez que se le pregunta sobre el asunto, desvía la conversación hacia la burla, y entre ironías y frases vagas, se queda sin responder. Pero un día, arrastrado de la inquietud literaria, que es su signo descolante, publicó *Relatos chilenos* (Harper, Nueva York, 1956), y allí comienzan ya a insinuarse las respuestas.

Según se ve en uno de los fragmentos de este libro, cuentos autobiográficos todos, Torres Rioseco tuvo de joven un amor prematuro por una chica muy bella, muy elegante, que no le estaba destinada por aquellos sutiles determinismos que alejan a los seres de diferentes sexos. Torres Rioseco inicia sus confesiones en la siguiente forma:

Hice mis estudios universitarios en Santiago, pero como yo era un muchacho rebelde, no pude con la rutina y la mediocridad de profesores y alumnos, y un buen día, antes de terminar mi carrera, decidí irme al extranjero. Por tres años había escrito incansablemente, y mi nombre empezaba a ser conocido en Chile.

Transformado en escritor y dueño del secreto de su amor imposible, Torres Rioseco fue por entonces un mozo huraño o, como él mismo dice, "un hombre aislado, un solitario". Debe haber influido en esta actitud, igualmente, una desgracia más efectiva:

Mi madre había muerto antes de mi partida de Talca. Nada me ataba ya a mi ciudad natal ni tampoco a mi patria. Había que buscar otros horizontes. Pensé en París, pero no contaba con recursos para vivir en un país extraño; además, Francia estaba en guerra y no era posible hacer el viaje. Pero tampoco era posible seguir allí, muriendo a cada hora de monotonía, de tedio, ahogándome en un lago de aguas estancadas y polutas. Había que salir, pero ¿a dónde?

En aquella crisis, que iba a ser decisiva en el destino de nuestro compatriota, influyen, como puede verse, elementos muy dispares. Le queda estrecho el ambiente nativo, y necesita salir a respirar el aire del mundo, creyéndolo diferente: eso está a la vista. Lo demás, factores agregados, secundarios, ayudan a la resolución final. Pero incluso hubo quien le señaló el camino preciso:

Uno de mis profesores me dio la solución:

—Váyase a los Estados Unidos —me dijo—. Allí encontrará Ud. una gran cultura, medios de vida, comprensión, justicia. Puede Ud. sostenerse dando clases en alguna universidad y seguir escribiendo. Allá triunfará Ud.

El consejo cayó en buena tierra. Torres Rioseco lo siguió, y desde 1918, nada menos, se encuentra en los Estados Unidos, el país que le había indicado aquel profesor, el cual debe haber sido excepción a la general mediocridad que le hemos visto denunciar en sus maestros y en sus compañeros del Instituto Pedagógico de Santiago, que es donde efectivamente cursó sus estudios. Hizo el viaje, pero no todo fue caramelo en los primeros años:

Seguí su consejo. Me fui a Nueva York. Sufrí hambres, desaires, soledad y abandono, mas continué trabajando, escribiendo, publicando. Y por fin, después de cinco años, logré un puesto excelente en la Universidad de Columbia de Nueva York. Mi nombre era ya conocido en toda América; uno de mis libros, publicado en inglés, tuvo un gran éxito de librería. Me convertí en un joven maestro. Colaboré en las mejores revistas literarias de España, México y la Argentina.

Esta síntesis acepta muchos agregados que alargarían la exposición, pero uno debe ser indicado por su importancia en la vida del escritor: su primer viaje a México:

En 1922, el gobierno de México me invitó a dar un ciclo de conferencias. Acepté con alegría, porque ya empezaba a sentir una especie de vacío en mi existencia, por la falta de contacto directo con mi cultura de tipo latino. México fue para mí la revelación más importante del valor de nuestra raza; allí encontré las raíces que me habían faltado en Chile y en Nueva York. México pasaba por un período de grandeza artística y literaria, que era un verdadero renacimiento: grandes pintores despertaban el interés de todo el mundo; la Universidad volvía al prestigio de su gran siglo xvi; las revistas literarias se multiplicaban. El país se estaba convirtiendo en el primer exponente de la cultura de América. Ese ambiente era el que yo había anhelado siempre, acaso sin darme cuenta exacta de ello. Energía juvenil, gracia espiritual, inteligencia, orgullo racial, todo lo hallé en ese maravilloso país.

En sucesivos años, Torres Rioseco ha vuelto con frecuencia a México, donde cuenta buenos amigos entre los escritores, los profesores y los artistas. La expresión *maravilloso país* se renueva para él en cada uno de esos viajes, reforzada con nuevas experiencias.

La carrera universitaria de Torres Rioseco en los Estados Unidos no es tan sencilla como pudiera desprenderse de aquella ojeada que le hemos visto echar más arriba. Siempre ha ido en ascenso, pero ha tenido desplazamientos y cambios que son, por lo demás, muy comunes en este país, donde cierta inquietud o desazón íntima lleva a la gente de un lado al otro. El hombre fiel durante cuarenta o más años a una sola institución, como vemos en Chile, es muy escaso en los Estados Unidos. Torres Rioseco se contagió de esta movilidad, y fue, sucesivamente, catedrático de Williams College, de 1919 a 1921, profesor de la Universidad de Minnesota durante tres años; después, profesor en Texas, en la Universidad del Estado, que funciona en Austin, otros tres años hasta 1928, y sólo en esta última fecha vino a sentar sus reales en la Universidad de California. Ha prevalecido en él, por lo menos en los últimos seis lustros, la inclinación a la estabilidad, representativa del carácter chileno, enemigo de cambios y de alteraciones sin motivo muy preciso. Esa institución, que sostiene el estado de California, nació en Berkeley, donde está su sede central, pero después se ha extendido y ramificado por varios sitios más, como Davis, Los Angeles, Santa Cruz, etc. Torres Rioseco es profesor en Berkeley, el más importante de esos núcleos, y ello le permite estar, además, a corta distancia de San Francisco, la gran capital de la costa del Pacífico.

Su casa de Berkeley, trepada en la ceja de la colina, muy lejos de las aulas mismas, rodeada de árboles y de enredaderas, tiene, abierta hacia el poniente, una amplia ventana que le da perspectiva. Desde ahí, al través del pulido cristal, puede verse todo el panorama de la bahía, con San Francisco al fondo, encuadrado entre dos enormes puentes de hierro. En la bahía vemos faros, balizas, barcos que se deslizan en el agua, islas cubiertas de árboles, y entre ellas la fortaleza de Alcatraz, donde purgan sus delitos algunos de los más peligrosos bandidos del país. . .

En aquel paisaje propicio al ensueño, dulce y emoliente, creado como para abismarse en la contemplación, vive un hombre laborioso, para el cual la ocupación ordenada de las horas ha sido sumamente fructífera. Lo prueba la nómina de sus obras, donde vemos: *Precursores del Modernismo*, Madrid, 1925; *Chilean Short Stories*, Nueva York, 1929; *Rubén Darío: casticismo y americanismo*, Cambridge, Mass., 1931; *Ausencia*, Santiago, 1932; *Mexican Short Stories*, Nueva York, 1932; *Bibliografía de la Novela Mexicana*, Cambridge, Mass., 1933; *Mar sin tiempo*, México, 1935; *Antología de la literatura hispanoamericana*, Nueva York, 1939; *Novelistas contemporáneos de América*, Santiago, 1939; *Canto a España viva*, México, 1941; *The Epic of Latin American Literature*, Nueva York, 1942; *Grandes novelistas de la América Hispana*, Berkeley, Cal., dos volúmenes, 1941 y 1943; *Vida y poesía de Rubén Darío*, Buenos Aires, 1944; *New World Literature: Tradition and Revolt in Latin America*, Berkeley, Cal., 1949; *La gran literatura iberoamericana*, Buenos Aires, 1945; *Elegías*, México, 1947; *Antología de poetas precursores del Modernismo*, Washington, D. C., 1949; *Ensayos sobre literatura latinoamericana*, Berkeley, Cal., 1953; *Cautiverio* (antología poética), México, 1955; *Breve historia de la literatura chilena*, México, 1956; *Relatos chilenos*, Nueva York, 1956, etcétera.

Hemos citado aquí sólo los títulos principales; bastante mayor extensión habríamos necesitado para anotar introducciones y prólogos en obras de terceros, folletos sobre asuntos menores, sobretiros de artículos de revistas, es decir, toda aquella retacería de cosas sueltas que se dan en la vida de un escritor cuando éste es más activo que contemplativo, y cuando está dominado, como parece ocurrir con Torres Rioseco, por la comezón de participar con los demás lo que sabe y lo que siente. Tampoco se indican las diferentes ediciones que han logrado tener algunos de estos libros, y la fecha que sigue a cada título es la de la primera edición.

Torres Rioseco pretende, como se ve en la lista de sus obras,

mantener en forma paralela sus producciones literarias, íntimas, por lo común expresadas en verso, y la labor académica, de crítica literaria y textos de estudio, donde notamos por lo menos dos preferencias muy notorias: la exploración en la vida y en la obra de Rubén Darío, a quien ha contemplado como jefe del Modernismo, y la visión panorámica de las letras hispanoamericanas. En ambos campos se le deben muchos títulos diversos, editados tanto en los Estados Unidos, como en Chile y la República Argentina. La expresión "obra académica" acepta en él, por lo demás, una variante muy significativa. Es un crítico exigente, altivo, amigo de proferir claridades que podrían atronar en los oídos pacatos, y con algo de egocéntrico. Posee una tabla propia de valores, donde caben muy pocos elegidos y los demás se quedan fuera, no sin que el autor acuda a gratificarlos con algunos rudos epítetos. Es clásica la severidad con que ha enjuiciado la obra de Vicente Huidobro, por ejemplo, a quien llamó "talento de tercer orden", sin temer el cacareo de la secta huidobriana...

Sus dos producciones más recientes señalan las inclinaciones temperamentales del autor. En una de ellas, tirada aparte de una revista española, *Papeles de Son Armadans*, Torres Rioseco vuelve al verso para escribir su *Autobiografía* (Madrid-Palma de Mallorca, 1962); en la otra emplea la prosa para hablar de *Gabriela Mistral* (Valencia, 1962). Este último ensayo contiene, en hirviente mezcla, no asentada o soldada del todo, recuerdos personales de la poetisa, dedicatorias de sus libros, anécdotas, versos de sus poemas, lo cual le sirve al crítico para encumbrar su elogio, ardiente y encendido aunque contenga algunas reservas.

En la *Autobiografía* hay una vaguedad muy propia de la poesía. Las cosas vienen y van, las alusiones no son siempre muy claras, y los hechos evocados suelen encerrar símbolos. Evoca primero el hogar, los años juveniles, "espacio humilde":

... decir "madre" y sentirse
 puro como un diamante,
 decir "pan" y saberse
 caliente, protegido;
 entre el pan y la madre
 toda la luz del mundo.
 La madre siempre ahí,
 presente e infinita,
 luminosa y en nieve florecida,
 nunca alejada
 del anillo del dedo,

*en medio de la fiesta
llorando con su risa de naranja.*

Ya vimos que el creador de estos versos había perdido a su madre siendo muy joven, y que en seguida echó a rodar por el mundo. Vinieron a su encuentro nuevas emociones, y entre ellas el amor:

*Llamando están a fiesta
sonrisa y nardo,
campanitas de plata,
aire perlado.*

*.
Tu risa suena como
cristal del aire;
tus ojos, mariposas
de aire delgado.*

Pero vuelve a la madre, y con ella a los días infantiles, con circo y todo, el viejo y desvencijado circo de la provincia:

*¡Ay madre! Yo tan solo,
yo que nunca logré placer completo
sin tu presencia, siempre apresurando
mi carrera a tu lado cuando el hombre
del mono pasaba por la calle,
cuando el circo elevaba
sus tiendas en la plaza,
cuando el canario iluminaba el árbol,
o cuando los soldados en desfile
se iban acaso sin que tú los vieras,
¿con quién compartiré mi gozo ahora
y quién pondrá su boca en mi sollozo?
Ay, madre, la tiniebla
me cubre los caminos . . .*

Hasta ahora el poema contiene versos sueltos, que van sin aderezo, empujados por la necesidad de expresar; pero alguna vez, en el camino surge la forma, y el poeta se pliega a ella transitoriamente:

*Todo mata el minuto,
todo a su fin camina con premura,
la nieve bajo el luto,
bajo la rosa pura
avanzando la aleve quemadura.*

*En el grano de arena
 contenida la intensa maravilla,
 la música serena,
 la palabra sencilla,
 y el milagro primario de la arcilla.*

*En el grano de trigo
 contenida la mágica estructura,
 cadena del ombligo,
 astro de noche oscura,
 y en todo ser divina levadura.*

Se pregunta "¿Dónde voy?... ¿quién me llama a lo lejos?", para ensayar diferentes respuestas. Es tal vez la nostalgia de los días preteritos, sin la cual parece que no hay autobiografía posible; porque el hecho es que después de tanto azar, caminos, viajes, ensueños, el poeta retorna "como un convaleciente... a las ciudades de mi infancia". Su expresión es aquí, otra vez, nostálgica y dulce:

*Ahí los montes y los valles,
 las calles y las casas y los patios,
 florecidos de amor y de nostalgia,
 las voces enlazadas en las ramas,
 cisnes heridos, besos olvidados:
 la granada del sexo en agonía,
 la música callada
 de los nardos nupciales,
 los proyectos, los sueños y las ansias
 en sapos, en abejas y gusanos.*

En la parte final, esta autobiografía se tiñe ya de colores elegíacos, nada impropios de la edad de su autor: pasados los sesenta años, recapitulando los fuegos de ayer, viene sin duda la melancolía: lo que pudo ser y no fue, lo que se intentó, lo que se perdió por cobardía, indecisión o ceguera. En esta melancolía a la cual se asoma el poeta hay, sin embargo, notas dulces, tiernas, de peregrina emoción:

*A la fiesta del mundo
 volvemos ya la espalda,
 árboles carcomidos,
 pobres piernas cansadas.
 En los últimos fuegos
 se doran nuestras ansias,
 una mujer amante
 siempre nos acompaña.*

Y una definición de su poesía, sugerente por sus clásicas reminiscencias:

*¡Ay, poesía mía
entre bellacos rota,
con las alas quebradas
como una pobre alondra!
Quédate, pobrecilla,
como la mariposa
con las alas abiertas
debajo de una rosa.*

El flujo de los recuerdos inclina al poeta a la contemplación de los días de ayer, y de ellos ha ido dejando muestras dispersas en el verso de este poema. No hay orden alguno, sino incesantes vueltas atrás, y esta ausencia de orden, que anotamos sin reproche, permite al poeta dar una impresión como de simultaneidad a lo que rememora. La técnica es algo onírica, en el sentido de que coexisten lo grande y lo minúsculo, se penetran unos con otros los sucesos del remoto ayer y los de días más recientes, y lo íntimo, secreto y vergonzante con lo ostensible, público y de uso común u ordinario, si bien esto último es lo que menos aparece, pues la intención de Torres Rioseco en esta *Antobiografía* ha sido, sin duda, componer a sus anchas un poema, sin obligación ninguna y sin considerar para nada las categorías generales y públicas en las cuales lleva enrolada su existencia.

Entre los profesores universitarios de los Estados Unidos prevalece, como en los demás grupos profesionales del país, el tácito convencimiento de que es la especialización el secreto de los buenos resultados. No se concibe que el catedrático salga de sus propios temas, y casos clásicos se conocen de hombres que para satisfacer inocentes *hobbies* hubieron de usar seudónimos, insólito uso, además, en un ambiente donde el seudónimo, tan frecuente en otras partes, ha sido excluido casi del todo en la vida literaria, como añejez infantil. Desafiando cualquier género de incomprensión, Arturo Torres Rioseco ha mantenido tozudamente su doble actitud, y sigue siendo hoy, bastante más allá de la mitad del camino de su vida, profesor y poeta, traductor y narrador de cuentos, sin que para publicar sus versos haya discurrecido nunca un nombre literario que encubra su identidad. El que una misma firma se vea al frente de sus obras de crítica literaria y de exposición histórica de las letras hispanoamericanas —lo que constituye su especialidad en el plano académico—, y al frente de sus libros de versos y de sus cuentos, es una singularidad en la cual vale la pena detenerse. Toda una tradición universitaria se derrumba. Los colegas del profesor-poeta deben aceptar que las dos actividades se

combinan para formar una sola personalidad, tan rica tal vez como la de otros maestros, no más sabios, a quienes pretenderíamos en vano exigir una sola línea de fantasía creadora, una confesión íntima, un acto de comunión artística.

Las dos aptitudes, asimismo, se dan en el otro libro de Arturo Torres Rioseco que tenemos ahora a la vista, su ya mentada monografía sobre Gabriel Mistral. Hay en ella datos obvios, como la biografía de la poetisa, escueto resumen de muy pocas páginas, y algunos elogios que parecen justificarse en el Premio Nóbel, con el cual Gabriela Mistral fue colocada, en 1945, en posición cimera junto a los escritores americanos de lengua española. Desde entonces, según es notorio, centenares de libros se publican todos los años para cantar la misma letra, con cortísimas variantes: la poetisa es declarada en ellos el *summum* de la perfección poética, y ante su obra ejemplar y única, tocada de gracia por el fallo de los jueces succos, los autores de esos libros se prosternan, reverentes, en actitud sumisa, como el árabe se tira al suelo cuando suena, a lo lejos, la hora de las preces. De este ambiente dulzarrón, un tanto manido, quiere evadirse Arturo Torres Rioseco en este breve libro, y sin duda lo consigue.

En primer lugar, su reverencia general no excluye, en lo particular, algunas templadas observaciones. El crítico literario no duerme del todo en él, y por eso le vemos decir:

Desolación, Tala y Lagar son las tres torres de su ciudad poética. Torres humanamente barrocas y simbólicamente místicas, con básicos errores de estructura, pero construidas en pedernal y diamante. Su poesía era dura, como su rostro tallado en piedra; no tuvo el don supremo de la melodía, tan abundante en Darío, ni el de la gracia lírica, y por eso buscó siempre la gracia divina.

Otras observaciones ocurren: "traía un idioma pobre y tosco"; "el influjo de su aldea natal le restó horizonte a su gran vuelo; su cultura primaria le prohibió acercarse a las grandes fuentes de la belleza intelectual"; "la relación entre contenido y forma es inarmónica y desigual en el primer libro de Gabriela"; "hay en toda la obra una especie de indecisión rítmica, cierta aspereza de dicción", etc. A Torres Rioseco, en fin, como hombre de lecturas, la admiración por la poetisa y el tierno afecto que acertó a despertarle la mujer, desvalida, sola siempre, huraña, desconfiada, rebelde, inquieta, animada de carácter difícil, con evidente delirio de persecución, inadaptable al medio, cualquiera fuese la nacionalidad de éste, no le embaraza la visión crítica. Bajo el título se lee: "Una profunda amistad; un dulce recuerdo", y esta advertencia nos hace volver la mirada a la otra cara

de la medalla. No, no es un estudio crítico stricto sensu el que esta vez quiso componer Arturo Torres Rioseco, sino una ofrenda cariñosa a la mujer ida, tejida de recuerdos entrañables, pura emanación de la amistad, taraceada por las distancias y por inevitables separaciones, pero siempre recuperada.

En sustancia, cuando Torres Rioseco salió de Chile, la primera vez, ya era admirador de Gabriela Mistral, si bien jamás la había saludado. En Nueva York, leyó poemas de ella a varios escritores, por medio de los cuales contagió en el interés a Federico de Onís, que fue, como se sabe, el editor de *Desolación*. En 1919 y 1920, varias cartas se habían cruzado desde Estados Unidos y Chile entre Gabriela Mistral y dos de sus amigos chilenos, Francisco Aguilera y Torres Rioseco, quienes iban a cobrar, más adelante, activa intervención en los actos de homenaje que recibió la poetisa. El primer encuentro se produjo en México, sólo en 1922, ocasión en la cual, por lo demás, Gabriela, invitada por el Gobierno, aparecía ya rodeada de gentes que le quitaban el tiempo y que la hacían centro de incesante adulación. También se vieron en Brasil, en 1944, pocos meses antes del Premio Nóbel, y en seguida, poco después de haberlo recibido, en Berkeley, en 1946. Actuaba entonces de Cónsul de Chile en San Francisco otro poeta chileno, Juan Guzmán Cruchaga, y era así propicio el ambiente para que la poetisa fuese, como fue, a conocer la hermosa Universidad de California en la cual era ya catedrático Torres Rioseco. En la Navidad de 1947 Torres Rioseco la vio de nuevo en Santa Bárbara, ciudad vecina de Los Angeles, California, donde Gabriela Mistral había instalado el consulado de por vida con que estaba investida, y que según las disposiciones de la ley que lo creó en su beneficio, podía erigir en cualquier parte. Finalmente, la encontró en Nueva York, en 1954, en las fiestas jubilaires desarrolladas por la Universidad de Columbia, Nueva York, con motivo del segundo centenario de su fundación. Fue a ellas Gabriela invitada en su calidad de Cónsul, ahora con residencia en Long Island, y Torres Rioseco como antiguo profesor de aquella universidad. Esta última vez, la poetisa, casi ciega, no reconoció ya a su amigo y compatriota, hasta que éste pronunció a su oído palabras de antigua inteligencia. No se encontraron nunca más. En el largo intervalo, se habían cambiado cartas y mensajes, y dedicado libros y artículos. Es digno de especial mención el que Gabriela Mistral publicó en *El Mercurio* de Santiago de Chile sobre su compatriota, al cual éste se refiere así:

Este ensayo es la visión más clara de mi poesía que existe hasta hoy, y tan de mi agrado, que lo usé como prólogo de mi libro de poemas *Cautiverio*.

Es, como se ve, una tierna amistad de espíritus afines, que se juzgan vecinos aun cuando enormes distancias los alejen, y así lo prueba la impresión de la hermandad literaria que prevalece en el conjunto de estas evocaciones de Torres Rioseco. En su trato, además, se estableció la costumbre de acariciarse peleando, que suele ser común en Chile, de modo que estando juntos se decían claridades alusivas nada tiernas y se dirigían reproches, al término de los cuales quedaban de acuerdo en que habían nacido la una para el otro y nada sino la muerte los separaría. Es lo que ha ocurrido. Pero la muerte de ella no basta, y he aquí como el poeta sobreviviente, afectado por la desaparición de su colega, coloca ahora su coronita de siemprevivas en el túmulo cubierto ya de infinitas ofrendas florales: "No hubo poeta tropical que no le dedicara algún poema".

En los escritos de prosa de Torres Rioseco se advierte, como deja ver esa pequeña sentencia, el epigrama fácil, donde unas cuatro palabras desabridas o punzantes nos revelan hasta el fondo los gustos del autor. No cabe duda sobre que prefiere la sencillez a la afectación, y que inclusive no le desagrada del todo la rudeza. Cada vez que aporta en Chile, por ejemplo, se las arregla para despertar una tempestad de verano, con réplicas airadas y alusiones ingratísimas para su persona y su obra, con tal de hacer declaraciones irreverentes en los periódicos. Con cierto misoneísmo que los años, naturalmente, acentúan o agravan, se le ve disparar de preferencia contra los jóvenes, en quienes descubre pronto la infatuación, el creerse hijos del aire y nietos del viento, enteramente olvidado de que él, cuando contaba esos mismos pocos años y esa misma falta de experiencia, era tan iconoclasta como los muchachos de hoy. Pero en la lucha se engalla, el verse aludido y replicado le encanta, y la impresión de haber removido el ambiente quieto o adormilado, le convence de que su misión providencial en tierra chilena es hacer graznar a las ranas que pueblan la charca.

Quien ha vivido en tierra extraña algunos meses, sabe cuán duro es el tránsito de la patria a ella, cuántos amargos tragos han de sufrirse como resumen de las diferencias de caracteres que separan a los hombres y los hacen sentir, de pronto, que están hablando en distintos idiomas psicológicos. Sabe, además, que todo en el ambiente extranjero está empujando hacia afuera al intruso, mediante agresiones pequeñas o grandes, codazos, pisotones, zancadillas; y que, en fin, el forastero o visitante, entendiendo algún día el lenguaje críptico de las indirectas y recapitulando agravios y desazones, opta por dejar el país que visita y por volver a su tierra natal a pasar en paz lo

que le reste de vida. "No hay mejor pasear que en su casa estar" rezan algunas palabras de la sabiduría plebeya, y en rigor nada mejor ha podido escribirse sobre los viajes y sus riesgos.

Por todo esto llama vivamente la atención el caso de este escritor. Arturo Torres Rioseco tiene ya vividos más de cuarenta años en los Estados Unidos, y no parece inclinado a volver a Chile, salvo para pequeñas visitas en que saluda a los suyos, se pasea un poco por algunas provincias, especialmente por Talca, donde llegó a la vida, para regresar luego al punto de donde salió, es decir, a los Estados Unidos. A su regreso reabre las puertas y las ventanas de su casa de Berkeley, prendida a la ceja de la colina, y al día siguiente ya le verán pasear por los corredores de la Universidad de California los alumnos y profesores de ésta, para quienes su apariencia es familiar. El aire de los Estados Unidos le tonifica. Escribe, da clases, corrige pruebas, participa en foros y congresos, viaja a otras universidades, recibe consultas, y va dejando estampado su nombre en actos oficiales. Andando el tiempo, de él podrá decirse que era chileno y, a pesar de tantos años de vida fuera del país, un buen chileno, en el sentido de que trabajó mucho para dejar huella de su paso en diversas partes.

Este frenesí vital que lleva al hombre a dejar fijo su nombre en las páginas de papel impreso, acaso porque las cree más sólidas y durables que la piedra, este frenesí que se distribuye en prosa y verso, en erudición y fantasía, ha mantenido en alto el nombre de Torres Rioseco entre los catedráticos de los Estados Unidos.